

Presentación

La Retórica de antaño o, si se prefiere, la Teoría de la Comunicación del presente, es –llámese como se la llame– una disciplina que goza actualmente de muy pujante vitalidad y dispone de una amplia área de aplicación.

Se puede hablar de una sola y única disciplina, porque la moderna tendencia a la interdisciplinaridad y los enormes progresos de la sociología, la politología, la psicología social y la psicología cognitiva, aplicables a áreas muy diversas del saber, ya no aconsejan hacer distinciones entre el estudio del lenguaje realizado más al estilo de las ciencias psicosociales (Teoría de la Comunicación) y el que se lleva a cabo con una orientación más bien humanística (Retórica). Al contrario, es muy fructífero combinar ambas orientaciones y metodologías.

Entre las disciplinas que se mueven al ritmo de la psicología social están las que conforman el apartado epistemológico de la Teoría de la Comunicación (por supuesto, comunicación política o socio-política) en el que están incluidas la comunicología, la ciencia de comunicación de masas, el periodismo, la politología, la publicística y otra serie de ciencias del hombre, mientras que la Retórica se acerca sobre todo a enseñanzas que tratan la comunicación desde el área de las llamadas «Humanidades», como la poética o teoría de la literatura y la lingüística o lingüística pragmática, que estudian actos de habla ciertamente comunicativos, pero centrándose más en una labor interpretativa y crítica que en su entendimiento como procesos psicosociales.

No obstante, como digo, las fronteras pueden y deben difuminarse y es justo emplear el nombre de Retórica, que es el más antiguo, para encajar en él todo conocimiento y toda investigación en torno al proceso de la comunicación humana. Y lo que tiene que ver con la comunicación humana es mucho, o tal vez mejor dicho, es todo.

La Retórica, que, en nuestra opinión, siempre ha sido algo más que el mero arte de la persuasión o del discurso persuasivo, porque, para empezar, implica una teoría del habla (de los «actos de habla», en terminología de la lingüística pragmática) y del lenguaje y presupone determinados conceptos sobre la naturaleza y esencia del ser humano (la interrelación de Retórica y política es tan antigua como la filosofía de Aristóteles), vuelve a ser hoy en día lo que otrora fue: el corazón de las «ciencias humanas», de las impropia y desafortunadamente llamadas *Geisteswissenschaften* o «ciencias del espíritu», que son un gran número de disciplinas, entre las que se cuentan la filosofía, la sociología, la psicología, la antropología, la publicística, la pedagogía, la Teoría de la Comunicación, la ética, el derecho, la politología, la ciencia de la literatura o poética, la historia, la estética, y la lingüística.

En efecto, la Retórica, que, junto con la gramática y la dialéctica, fue una de las tres artes liberales del *trivium* medieval, y que, tras un período de postración y letargo, revivió en el Renacimiento, para caer de nuevo de su alto pedestal en tiempos de la Ilustración, vuelve hoy

a suscitar el interés no sólo de filósofos, historiadores, lingüistas y críticos literarios, sino también de los estudiosos de muchas y variadas ciencias humanas y –lo que es más importante– se ha convertido en una enseñanza fundamental, cada vez más requerida y solicitada, para mejorar las capacidades pragmáticas de los individuos a la hora de persuadir a los demás o de autopresentarse ante ellos en un medio socio-político y económico fuertemente competitivo, como lo es el de la sociedad de producción y consumo y de comunicación de masas en el que nos movemos y vivimos, en el que –como es bien sabido– se recompensan altamente las facultades personales y las individuales eficacias.

La moderna Retórica ha llegado hoy día muy lejos en su penetración triunfante en el área de las ciencias humanas. La moderna retórica ha llegado a convertirse en toda una filosofía de corte pragmático (el lenguaje es fundamentalmente pragmático) que rechaza por igual esas dos filosofías decadentes de finales del siglo XIX y comienzos del XX que eran el idealismo, tan místico, y el neopositivismo, tan ingenuo. La filosofía de la Retórica se opone con igual fuerza al misticismo del *lógos*, propio del idealismo, que hacía consistir todas las cosas en las ideas de ellas, y a la inaceptable concepción de una innegable «realidad objetiva», propia del neopositivismo.

D. Harvey, en su libro titulado *The Condition of Postmodernity*, sugiere que la postmodernidad está en parte caracterizada por un retorno a la Retórica, cosa que, en efecto, se percibe en la ineludible y acuciante necesidad de reintegración de todas las ciencias humanas en torno a un núcleo que unifique metodológicamente todas estas disciplinas y controle sus mutuas interacciones.

Y, desde luego, puestos a elegir, teniendo en cuenta el papel fundamental que desempeñan en las ciencias humanas el diálogo, las estrategias persuasivas y el establecimiento y fijación de discursos pactados previamente sometidos a consenso (una constitución política o la teoría de la relatividad) –todo ello retórico–, ninguna otra disciplina puede desempeñar mejor esa labor que la Retórica.

La moderna Retórica, por tanto, situada en el centro de las ciencias humanas, se convierte hoy ya en su metodología y las controla a todas ofreciendo una visión interna del discurso disciplinar de cada una de ellas y de los procedimientos constructivos comunes a todas.

Ayuda, además, de esta forma a recobrar el concepto de «persona humana», que ha de estar necesariamente presente en las disciplinas humanísticas, aunque a veces se ignore a fuerza de imponer en ellas los paradigmas de la ciencia positiva natural, esa deplorable visión cartesiana, tan perjudicial para el humanismo, de un espectador del mundo que lo contempla desde su aislamiento y soledad, apartado de su connatural esfera de acción político-social.

Yo no soy ese centroeuropeo cartesiano que al pie de una estufa busca aisladamente mediante la introspección esas ideas claras y distintas trazadas *more geometrico* que proporcionen la certeza. Mis únicas presuntas certezas son el resultado de mi interacción social a través del lenguaje, que es siempre socio-político y retórico, siempre operativo, activo, dinámico y pragmático. Mis saberes, nunca universales ni ciertos ni inmutables ni eternos e incondicionados, son tan sociales como el lenguaje mismo que me permite llegar hasta ellos.

Y, por último, la Retórica en la actualidad nos facilita el análisis retórico de las ciencias humanas, ese método tan apto para construir y deconstruir los discursos en general y por tanto los discursos científicos en particular, esa metodología cuya aplicación nos enseña la utilísima lección, tan necesaria en humanidades, de que toda teoría o construcción intelectual está delimitada por coordenadas históricas y culturales, si bien, al mismo tiempo, está de conti-

nuo abierta a toda suerte de innovaciones realizables a través del carácter dinámico y pragmático del lenguaje.

La Retórica, pues, se ha recuperado en la actualidad con creces del desprestigio y descrédito de antaño fundamentalmente por el hecho de que se le valora como es debido el discurso persuasivo que ella misma se encarga de promover y enseñar para aplicarlo no sólo en el ámbito de las ciencias humanas, sino también en la totalidad de las funciones que configuran la praxis social.

El discurso persuasivo de la Retórica ya se entiende como es debido. El discurso persuasivo, el discurso retórico, como cualquier discurso, que siempre es retórico, surge de la interacción entre los hombres o entre los hombres y el mundo, pues, por un lado, los seres humanos, animales políticos, formamos conjuntos de unidades de interacción recíproca, y, por otro, el lenguaje y el mundo se construyen recíprocamente.

Esta interacción entre los conciudadanos o entre el hombre y el mundo, que es imprescindible, en la que es imprescindible el lenguaje, es la causa de que ya no exista un discurso que reproduzca la realidad objetivamente y sea por tanto portador de verdades eternas o certezas absolutas.

Hoy día las certezas absolutas, felizmente, han desaparecido haciendo mutis por el foro. Ni el discurso retórico, ni el discurso científico, que es también retórico por ser intencional y persuasivo, conquistan certidumbres o certezas.

Un físico cuántico, según esta particular especie de Física, no es un observador privilegiado ni un dictador prescriptivo de leyes y procesos, sino un partícipe de una transacción (*Wechselspiel*, empleando el mismo término que Werner Heisenberg) entre él mismo y la Naturaleza, pero de una transacción que –les guste o no a los físicos y científicos dogmáticos de viejo cuño– está dominada por relaciones inciertas.

La realidad está regida por el «principio de incertidumbre», y es hasta tal punto impredecible que el aleteo de una mariposa en el mar de la China puede provocar un huracán en el Caribe.

A decir verdad –ahora las cosas están así– la ciencia ya no desprecia lo probable ni mira con desconfianza lo verosímil, porque renuncia a poseer lo verdadero para siempre *in saecula saeculorum, amen*.

Con ello la Retórica no ha hecho más que ganar aceptabilidad, credibilidad y simpatías, recuperando así el prestigio de sus mejores tiempos.

La Retórica no intenta hacer ciencia –pues eso no es lo suyo– pero sí reflexiona, como hiciera Gorgias, su fundador, sobre el enorme poder socio-político del lenguaje en la comunicación.

La Retórica –se piensa hoy día–, al considerar el lenguaje en su pragmaticidad social y política, es a la vez lingüística, literatura, Teoría de la Comunicación, y filosofía, y enseña el poder y las limitaciones del lenguaje para construir la condición humana y la evolución social y política.

El lenguaje viene a ser como una tela de araña, que es excrecencia del propio animal y al mismo tiempo le sirve para tomar contacto y comunicarse con el mundo exterior. También el lenguaje es excrecencia humana y nos sirve para ir captando la realidad que nos rodea e ir comunicándosela a nuestros semejantes a la vez que recibimos de ellos por el mismo medio sus propias impresiones y sus reacciones a nuestro actuar a base de actos de habla. Pero lo más curioso es que en esa misma tela que vamos formando a base de actos de habla

siempre retóricos (pues todos lo son) quedamos presos y ya no podemos ver ni comunicar el mundo si no es a través de ella.

De la misma manera que los hilos de la tela de araña no se confunden con la realidad que envuelven, del mismo modo el lenguaje con el que nosotros pensamos y comunicamos la realidad (se piensa con lenguaje, como ya los mismos griegos sabían, pues el *lógos* de ellos es a la vez el pensamiento y la palabra) es bien distinto de la misma realidad pensada y comunicada, cuya esencialidad y realidad es mero discurso, *lógos*, o, lo que es lo mismo, es tan sólo el resultado de la intersubjetividad que se produce en ese proceso tan retórico que es el proceso interactivo de la comunicación.

Esa inmensa tela de araña en la que estamos prendidos, con la que nos comunicamos y pensamos es el lenguaje que siempre está en acción y cuya realidad última es su propia retoricidad, su pragmaticidad y su politicidad. Nadie habla por hablar, todo hablar se dirige a otro, es siempre intencional y por tanto retórico y político.

El lenguaje, que es lenguaje en acción, en acto, es siempre retórico. Tengo un amigo que lo niega pero a base de retórica, retorizando, pues me dice: «¡Déjame de retóricas, que yo soy santa Clara y al pan pan y al vino vino y no tengo pelos en la lengua!».

Pues bien, estamos prendidos en el discurso retórico que empleamos y generamos en nuestros actos de habla que son siempre pragmáticos, político-sociales y retóricos.

Y esa es la única realidad que nos es accesible, la de las palabras, la del lenguaje, la forjada con la interacción lingüística en una sociedad y en un tiempo concretos. Hay, pues, tantas realidades como lenguas. Hay tantas realidades como grupos socio-políticos de hablantes. La única realidad a la que apunta el lenguaje, retórico como es, es una realidad político-social delimitada en el espacio y en el tiempo.

Pues bien, estamos prendidos en el discurso retórico que empleamos y generamos en nuestros actos de habla que son siempre pragmáticos, político-sociales y retóricos. Y esa es la realidad que nos es accesible, la de las palabras, la del lenguaje, la forjada con la interacción lingüística en una sociedad y en un tiempo concretos. Hay, pues, tantas realidades como lenguas. Hay tantas realidades como grupos socio-políticos de hablantes. La única realidad a la que apunta el lenguaje, retórico como es, es una realidad político-social delimitada en el espacio y en el tiempo.

Por lo demás, el lenguaje lleva a cabo lo que le corresponde, no tiene por qué hacer grabados exactos de la presunta realidad, no tiene por qué reproducir la esencia del ornitorrinco, pues sirve sobre todo para hacer política, para realizar «juegos de poder», juegos de poder, *power games*, que necesitan, como toda acción política, de la ética.

Existe, pues, una filosofía de la Retórica, que es antropológica y antropocéntrica, relativista, antidogmática, hondamente político-social y radicalmente democrática. Si a esa filosofía se le añade el necesario contenido ético, será capaz de generar los más afortunados actos de habla retóricos, los más perfectos actos de habla comunicativos, y será a la vez generadora de ética política, que buena falta hace. Por esos rumbos de la de la Retórica política y la ética comunicativa caminó Isócrates en la antigüedad y camina modernamente Jürgen Habermas.

La filosofía de la Retórica fue siempre mirada con recelo por los tiranos y las fuerzas políticas antidemocráticas que sólo utilizaron la elocuencia para su exclusivo provecho. Los Treinta Tiranos (más concretamente, Critias) ordenaron sumariamente a los profesores de Retórica poner fin a sus enseñanzas y el partido senatorial en la Roma del s. I a. J. C. trató

de silenciar a los maestros de esta misma disciplina por la sencilla razón de que veía en ellos la enseña del progreso democrático.

Es cierto que, en la Europa del siglo XX, la elocuencia, la práctica retórica, fue utilizada por los nazis para la propaganda de sus malvados proyectos, pero la verdad es que la filosofía de la Retórica exigió desde su nacimiento, desde la época del mismísimo Protágoras, el más importante de los sofistas, la confrontación de discursos contrarios, los planteamientos de discursos contradictorios (*antilogías*) sobre un mismo tema, el enfrentamiento de los discursos dobles (*dissoi lógoi*) sobre un mismo asunto, cosa que los nazis de infausta memoria nunca permitieron. Su retórica era una retórica tramposa, nada ética, inhumana. Su retórica era la negación de la retórica, comparable a la insensatez e irracionalidad falangista de la «dialéctica de las pistolas».

Nunca, en efecto, permitieron los nazis responder a su elocuencia gritona y antidemocrática (*Wollt Ihr den Krieg?*, «¿queréis la guerra?») con un contradictorio y pausado discurso en defensa de la paz y el humanitarismo.

El discurso retórico, en cambio, incluidos en esta categoría el discurso científico y el discurso epidíctico o de aparato, muy próximo al literario, no debe estar solo, sino que ha de tener un discurso contradictorio frente a él. Así discurre la filosofía de la Retórica.

La Retórica es social y política, la Retórica es cosa de al menos dos sometidos al arbitraje de un tercero. Al discurso del acusador se opone el del abogado defensor y al discurso político del jefe de gobierno se opone el del jefe de la oposición. Al discurso del formulador de una teoría científica se opone el del «abogado del diablo» que con sus objeciones trata de someter a prueba la robustez, la fortaleza y el grado de aceptabilidad de la tesis propuesta. El discurso del poeta lo acepta o lo rechaza el discurso de los críticos o entendidos que elaboran un canon literario. Y al final decide siempre el oyente-juez, como quiere Aristóteles, o sea, el juez o los jurados, el parlamento, el pueblo soberano con su voto, la comunidad científica internacional o los hombres de las generaciones venideras que no olvidan a sus poetas aunque en vida hayan sido malditos.

Ésa sí es la verdadera filosofía de la Retórica, una filosofía antropológica, antropocéntrica, y, por tanto, relativista, político-social y esencialmente democrática.

Tan amplia es hoy la Retórica ampliada por la moderna Teoría de la Comunicación.

Pues bien, he aquí el enorme pero interesante campo que cubre el objetivo de la revista *Logo* cuyo primer número me cabe el honor de presentar con estas líneas.

Antonio López Eire
Director de la revista *Logo*